

ESCRIBIR CON MÁQUINAS:

CREATIVIDAD, AUTORÍA Y ÉTICA EN LA ERA DE LA IA



Directora de Comunicación y Tic para Educación. Comunicadora Social Periodista Universidad Central. Magister en TIC aplicadas a la educación.

Palabras clave: Automatización, ocio, esfuerzo humano, autonomía, libertad.

Reseña:

Chacón Sartori, C. (2025). *Palabras y algoritmos: Cómo la inteligencia artificial transformará la escritura*. Marcombo.

Palabras y Algoritmos, constituyen un aporte clave dentro del debate contemporáneo sobre escritura e inteligencia artificial, tema de este número de la revista. Lejos de ser un manual técnico o una defensa ingenua de las nuevas tecnologías, se trata de un texto que ofrece una mirada amplia y reflexiva, capaz de abarcar distintos planos de análisis: los fundamentos conceptuales y filosóficos de lo que entendemos por “creatividad” e “inteligencia”; las transformaciones legales y sociales que trae consigo la escritura artificial; las tensiones éticas en torno a la autoría, el plagio y el uso justo; y, finalmente, las posibilidades de una relación simbiótica entre humanos y máquinas en el acto creativo.

La riqueza del libro reside precisamente en su capacidad de articular estas dimensiones sin perder profundidad. El recorrido propuesto por el autor integra referencias literarias, históricas, técnicas y culturales, lo que permite comprender que la escritura artificial es irreductible a un mero avance informático: es, ante todo, un fenómeno humano y cultural

que interpela nuestra forma de narrar, de investigar y de producir conocimiento. En este sentido, el escrito no solo describe el estado actual de la inteligencia artificial generativa, sino que invita a repensar sus usos, sus riesgos y sus potencialidades, tanto en el ámbito académico como en la práctica creativa cotidiana.

Se podría decir que el inicio del texto se resume como “un futuro escrito por máquinas”. Bajo la pregunta de si la escritura podrá ser asumida por las máquinas y qué consecuencias tendría ello, el autor despliega un panorama que combina reflexión filosófica, preocupación educativa y análisis cultural. No se trata simplemente de interrogar la capacidad técnica de los modelos de inteligencia artificial generativa, sino de cuestionar qué entendemos por “escribir” y por “crear” en un contexto atravesado por la automatización.

Escribir, entonces, no es únicamente producir cadenas de palabras con sentido gramatical, sino un ejercicio complejo de imaginación, estilo y subjetividad. La escritura es, al mismo tiempo, un proceso de autoconstrucción —donde el autor

deja su huella singular— y una práctica social, en la que se comparten saberes, emociones e interpretaciones del mundo. Desde esta perspectiva, la llegada de la inteligencia artificial no puede reducirse a una cuestión instrumental: lo que está en juego es el estatuto mismo de la autoría y, con ello, la manera en que concebimos la creatividad como una expresión humana.

Este primer capítulo también alerta sobre la tendencia contemporánea al antropomorfismo, es decir, a atribuir a

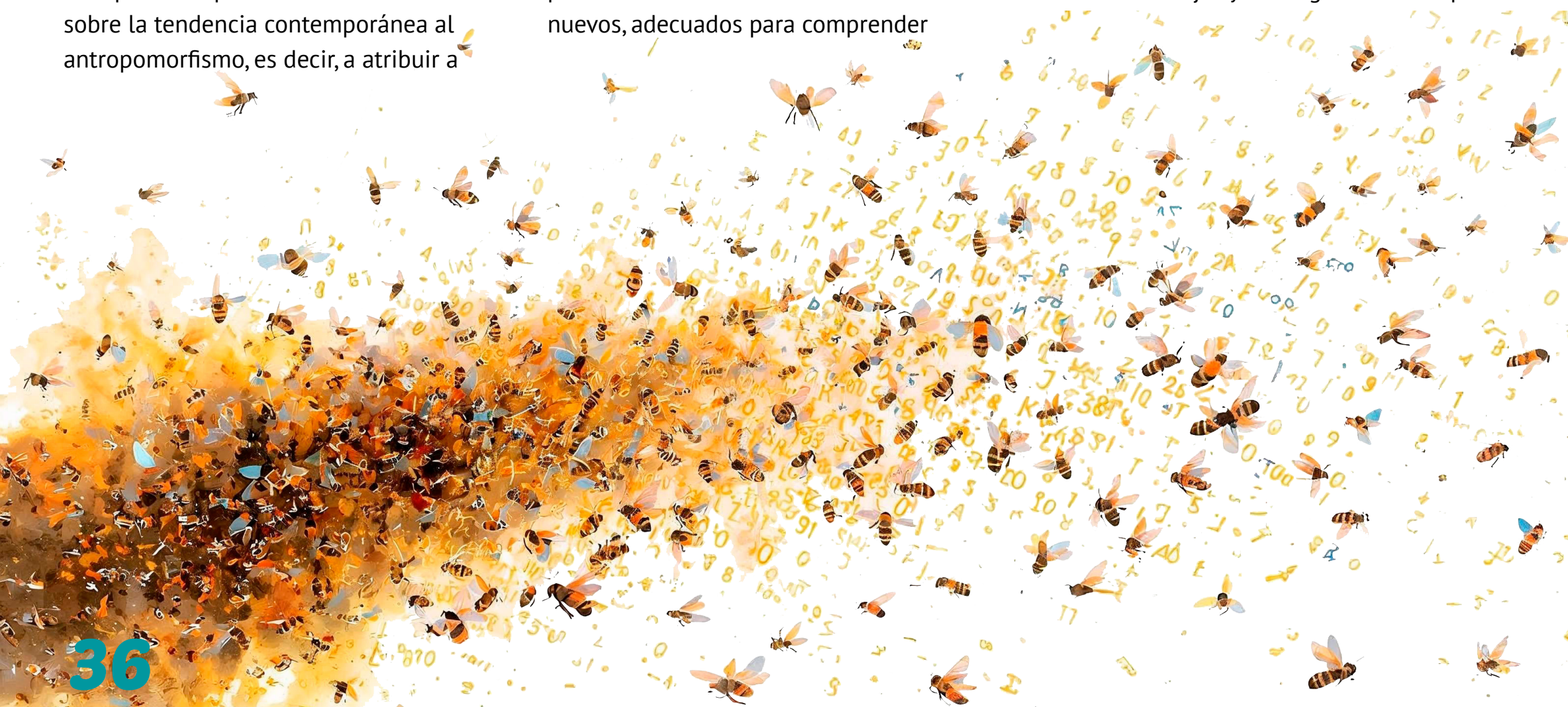
los sistemas de IA cualidades propias de los humanos como inteligencia, conciencia o creatividad. Un gesto, que aparece tanto en discursos mediáticos como en análisis académicos, encierra un peligro conceptual: proyectar sobre máquinas —que no son más que código y datos— categorías que nacieron para describir lo humano. Tal confusión puede oscurecer más que aclarar, y limita la posibilidad de construir marcos teóricos nuevos, adecuados para comprender

fenómenos digitales. De allí que el autor proponga nociones como “inteligencia digital” o “creatividad digital”, que respeten la especificidad de estos sistemas sin forzarlos a entrar en moldes que no les corresponden.

Para sostener esta distinción, el texto recurre a ejemplos sugerentes. La “inteligencia de enjambre” observada en abejas y hormigas muestra que

puede haber soluciones complejas y adaptativas sin que exista una conciencia individual. Este paralelismo se traslada a las dinámicas de las redes sociales contemporáneas, donde emergen comportamientos colectivos que, aunque carecen de intencionalidad centralizada, producen efectos sociales, políticos y culturales significativos. La lección es clara: lo digital puede ser creativo sin ser humano, inteligente sin ser consciente.

El capítulo también dedica un espacio importante a la naturaleza de la escritura literaria. Se subraya que escribir es una tarea ardua y a menudo solitaria, la cual exige claridad conceptual, coherencia narrativa y, sobre todo, un estilo personal. La referencia a autores como Borges, Saer, Kafka, Cervantes y Bolaño ilustra que la creatividad humana no se agota en la corrección gramatical ni en la coherencia superficial, sino que implica un “tono” único, una huella irrepetible. De esta manera, el texto contrapone la riqueza heterogénea de la literatura a la homogeneidad previsible de la producción artificial, lo cual sugiere que la creatividad es, en gran medida, lo que todavía no podemos formalizar ni programar.



Sumario

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

37 Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

En cuanto al lugar de la IA en este horizonte, el autor adopta una postura equilibrada: ni rechazo tecnófobo ni aceptación acrítica. Se reconoce que la informática es una ciencia de la automatización y que, para automatizar algo, primero hay que comprenderlo. Y dado que aún no entendemos plenamente cómo surge la creatividad en la mente humana, resulta apresurado suponer que un modelo generativo pueda reproducirla en su totalidad. No obstante, el capítulo no se cierra en un pesimismo absoluto: los avances en neurociencia —particularmente en la idea de que el pensamiento creativo puede entrenarse y potenciarse— abren la puerta a imaginar simulaciones parciales de lo creativo en sistemas artificiales.

En este sentido, el primer capítulo deja planteada una tensión que recorrerá todo el libro: la necesidad de pensar la creatividad y la escritura no solo desde lo humano, sino también desde lo digital, sin confundirlos, pero tampoco sin ignorar los aportes y posibilidades de cada uno. Se trata, en definitiva, de un llamado a

la moderación crítica: reconocer que la escritura artificial está aquí para quedarse, que su impacto es real, pero también que sus límites son tan importantes como sus promesas.

¿Escritura artificial y creatividad digital? El segundo capítulo profundiza en la reflexión que abre el primero, pero ya con un enfoque más concreto hacia la **escritura artificial como fenómeno emergente**. Si en la apertura se planteaba la necesidad de distinguir entre lo humano y lo digital, en este apartado el autor muestra cómo esas diferencias se manifiestan en la práctica y qué consecuencias tienen para nuestra comprensión de la creatividad.

Uno de los puntos centrales es la crítica al **concepto heredado de creatividad**. Tradicionalmente, asociamos lo creativo con la genialidad individual, con el autor que, desde su subjetividad, inventa algo nuevo y original. Este modelo, que todavía sostiene gran parte de nuestra cultura literaria y artística, se resquebraja cuando se confronta con las formas de creación digital. Aquí el autor propone hablar de

creatividad digital, una noción que no busca imitar lo humano, sino reconocer las lógicas propias de los sistemas artificiales.

En este sentido, los ejemplos de manipulación digital de textos e imágenes

resultan reveladores. Experimentos como insertar un fragmento del *Quijote* en el código binario de una imagen JPG, o alterar patrones en una obra de M. C. Escher hasta obtener efectos visuales impredecibles, muestran que la creatividad digital puede surgir de procesos no intencionales, de errores técnicos, de re combinaciones azarosas. Lo



que a primera vista podría interpretarse como una corrupción de la obra original, se resignifica como una forma alternativa de escritura: una **“escritura no-creativa”** en la línea de Kenneth Goldsmith, donde copiar, pegar, alterar y remezclar se convierten en gestos artísticos en sí mismos.

La clave está en comprender que **la creatividad no siempre se da por invención absoluta**, sino también por exploración de las posibilidades del lenguaje —sea este verbal, visual o numérico— en sus múltiples soportes. Esta concepción desafía las nociones clásicas de originalidad y estilo, pues desplaza la atención del “genio creador” al proceso técnico y experimental. La pregunta que subyace es provocadora: ¿qué significa escribir cuando el lenguaje puede manipularse directamente como código, y cuando el azar digital genera resultados estéticamente válidos?

El capítulo también ofrece un contrapunto crítico al entusiasmo por estas prácticas. Si bien reconoce el valor

experimental de la escritura no-creativa, advierte que no toda manipulación técnica constituye creatividad significativa. El desafío está en distinguir entre lo meramente curioso y la fertilidad de lo estético, entre la corrupción aleatoria de un archivo y la producción de nuevas formas de sentido. Este matiz es fundamental, porque evita caer en una idealización ingenua de lo digital y mantiene abierta la pregunta sobre el valor cultural de estas prácticas.

Asimismo, el autor establece un puente con los **riesgos técnicos y éticos** de la representación digital. Al mostrar cómo pequeñas perturbaciones invisibles pueden engañar a los modelos de IA (ataques adversarios), o cómo ciertos prompts permiten extraer datos sensibles de los sistemas generativos, señala que la misma lógica que abre posibilidades creativas también expone vulnerabilidades profundas. En otras palabras, el universo numérico en que se inscribe la escritura digital es al mismo tiempo fértil y frágil: terreno de exploración estética, pero también de riesgos técnicos y sociales.

Este capítulo, en suma, amplía la mirada del primero al mostrar que la escritura artificial no es un simple calco de la escritura humana, sino un territorio con dinámicas propias: fragmentación, manipulación, azar, recombinación. Al introducir el concepto de “escritura no-creativa” y vincularlo con prácticas técnicas y artísticas, el autor invita a repensar lo que entendemos por creatividad y autoría en un mundo donde todo archivo —texto, imagen, audio, video— puede ser reconfigurado desde su esencia numérica. El lector queda así ante un dilema productivo: ¿estamos ante una degradación del arte o ante el nacimiento de una nueva estética?

El capítulo tres se constituye como uno de los núcleos más densos del libro porque desplaza el debate desde los experimentos digitales y las prácticas culturales hacia una **discusión filosófica y científica** sobre la creatividad y la inteligencia. El autor plantea que, antes de automatizar cualquier proceso humano, es necesario comprenderlo, y en el caso de la creatividad, esa comprensión aún está lejos de ser alcanzada.

La escritura se presenta aquí como un terreno de especial dificultad. A diferencia de otras tareas que la IA ya domina —como clasificar imágenes o traducir frases—, escribir supone construir sentido, sostener un estilo y desplegar una visión del mundo. La creatividad literaria, en particular, no puede reducirse a la simple producción de frases bien armadas: implica un gesto de subjetividad, de riesgo y de exploración. Escribir, recuerda el autor, es tan arduo como apasionante, y por eso resulta problemático reducirlo a un cálculo estadístico.

En este marco, el capítulo recupera dos objeciones filosóficas fundamentales. **John Searle**, con su experimento de la “habitación china”, afirma que las máquinas pueden manipular símbolos sin comprenderlos, lo que implica que no hay conciencia ni entendimiento en sus operaciones. **Roger Penrose**, por su parte, sostiene que la mente humana se sostiene en procesos no computables —posiblemente ligados a la física cuántica— que escapan al alcance de la computación clásica. Aunque diferentes, ambas posiciones coinciden en señalar un límite:

40

Sumario

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

41

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

la conciencia y, con ella, la creatividad profunda, no parecen ser replicables bajo las tecnologías actuales.

Sin embargo, el capítulo no se cierra en una conclusión negativa. Al contrario, abre la posibilidad de que surjan **nuevas arquitecturas computacionales**, como la **computación neuromórfica**, que imita de manera más fiel el funcionamiento del cerebro mediante sistemas digitales y analógicos. Esta vía, todavía incipiente, adquiere relevancia en un contexto donde los modelos actuales exigen cada vez más recursos y la Ley de Moore muestra signos de agotamiento.

El aporte central del capítulo, entonces, no es tanto definir si la creatividad puede o no ser replicada, sino **poner en evidencia la complejidad del fenómeno**. Escribir conlleva incertidumbre, imaginación y la capacidad de producir lo inesperado. La inteligencia artificial, en cambio, funciona por observación masiva y predicción probabilística. Puede generar textos coherentes, pero todavía no accede a la profundidad de la experiencia humana de escribir.

Este capítulo ofrece un contrapunto esencial en el libro: frente al entusiasmo técnico y las posibilidades de la manipulación digital discutidas antes, aquí se nos recuerda que la creatividad no es un simple dato replicable, sino un misterio en plena investigación. Y si bien no debemos descartar futuras innovaciones que transformen este panorama, conviene ser prudentes y reconocer lo que todavía no sabemos.

Tras explorar los límites de la creatividad artificial y las objeciones filosóficas sobre la conciencia, el libro se adentra en los **modelos generativos de aprendizaje** como punto de inflexión técnico y cultural. El texto sitúa el origen en el artículo *Attention Is All You Need* (2017), que introdujo la arquitectura de los transformers y abrió el camino a los grandes modelos de lenguaje. La paradoja señalada es que Google, creador de esta innovación, tardó en explotarla

comercialmente, mientras que OpenAI la transformó en fenómeno global con ChatGPT.

Desde allí se plantea la **entrada de la Inteligencia Artificial Generativa (GenIA)**, capaz de producir textos, imágenes, audios y videos. El análisis, lejos de celebrarla sin reservas, advierte sobre los riesgos de una automatización del entretenimiento que elimine sorpresa, suspenso y creatividad, reduciendo la experiencia estética a un consumo predecible. La idea de que un usuario pueda diseñar películas o relatos personalizados muestra tanto el potencial como el peligro de empobrecer la cultura con contenidos fabricados bajo demanda.

El recorrido continúa hacia la **lógica predictiva de los modelos**, descrita como una estructura probabilística incapaz de verificar lo que genera. De allí la metáfora del “loro estocástico”: los sistemas calculan token a token la probabilidad de la siguiente palabra, sin comprensión semántica. Esta limitación, estructural y no accidental, marca la distancia entre la coherencia estadística y el entendimiento



humano. El contraste con el aprendizaje humano —arraigado en experiencias sociales y emocionales— subraya que los modelos pueden imitar estructuras, pero no acceder a la interioridad que define nuestra conciencia.

El análisis se amplía con las **implicaciones sociales**: cada interacción digital alimenta indirectamente los sistemas de predicción, como muestran las plataformas interconectadas de Meta, que generan correlaciones invisibles entre datos dispersos. Además, la irrupción de estos modelos transformó el campo del NLP, desplazando métodos tradicionales y obligando a muchos investigadores a adaptarse como “ingenieros de prompts” o intérpretes de cajas negras. Frente a ello, el libro reivindica la necesidad de modelos más abiertos y auditables, recordando que “no todas las cajas negras son igual de negras”.

La reflexión se adentra luego en el **problema de la verdad**. Diseñados para responder siempre, los modelos no pueden decir “no sé”, lo que compromete su

relación con la veracidad. Aunque pueden ejecutar razonamientos lógicos limitados e incluso combinar técnicas simbólicas y probabilísticas, su incapacidad para experimentar el mundo los distancia de una verdad humana, vinculada a la experiencia, la emoción y la interacción. Así, se plantea que más que entrenar con más datos, el desafío está en diseñar sistemas capaces de aprender en contextos situados.

El recorrido culmina con los **sesgos y alucinaciones** que marcan el límite epistemológico de estos sistemas: la compulsión a inventar respuestas, la dificultad para jerarquizar fuentes, la ausencia de razonamiento causal, la corrección política excesiva y, sobre todo, la falta de metacognición. El autor insiste en que, pese a estas limitaciones, los modelos tienen un campo de acción legítimo como apoyo a la escritura o como detonadores de ideas, siempre que no se les exija certeza ni juicio ético. La comparación final con la simulación de precisión numérica recuerda que ninguna tecnología es absoluta: cada herramienta tiene un ámbito de acción propio, y usarla fuera de ese terreno solo conduce a frustraciones

Con esta observación se cierra el cuarto capítulo. Su aporte central es trazar un mapa equilibrado: los modelos generativos representan un avance innegable en la automatización del lenguaje, pero su funcionamiento predictivo, su frágil relación con la verdad y sus sesgos estructurales imponen límites que no deben ignorarse. Solo en la medida en que aprendamos a usarlos con prudencia, transparencia y conciencia de sus alcances, podrán convertirse en aliados reales de la escritura.

El quinto capítulo aborda de frente uno de los dilemas más complejos y urgentes de la escritura artificial: **la cuestión de la autoría**. Si en los apartados anteriores se había explorado la naturaleza de la creatividad y los límites de los modelos generativos, aquí el debate se desplaza hacia el terreno jurídico, ético y cultural. La pregunta que guía el análisis es directa: ¿quién es el verdadero autor cuando interviene una inteligencia artificial?

El autor organiza la discusión en torno a cuatro grandes posturas. La primera es

el **bando instrumental**, que entiende la IA como una herramienta: el autor sigue siendo humano, pues es su intención la que origina el texto. La segunda es el **bando innovador**, que propone reconocer a la máquina como autora, bajo el argumento de que puede generar resultados complejos e impredecibles; postura frente a la cual el autor se muestra escéptico, recordando que la IA sigue prisionera de sus datos de entrenamiento. En oposición se ubica el **bando negacionista**, que rechaza cualquier idea de autoría artificial, enfatizando la falta de conciencia, intencionalidad y comprensión en estos sistemas. Finalmente, aparece el **bando integrador**, defendido por el propio autor, que plantea una relación simbiótica donde la IA funciona como coautor artificial: asistente, editor, corrector o lector, pero nunca reemplazo del humano.

Esta reflexión desemboca en el caso paradigmático de Stephen Thaler y su *Máquina Creativa*, con la que presentó patentes generadas por IA. Aunque legalmente él figura como inventor, sostiene que su modelo tiene conciencia y

debería reconocerse como autor. Más allá de la controversia jurídica, el caso revela la magnitud del problema: atribuir autoría a un sistema artificial reconfigura todo el marco de la propiedad intelectual.

La segunda parte del capítulo profundiza en el trasfondo legal, con referencias al libro *Who Owns This Sentence?* (2024) de David Bellos y Alexandre Montagu. Allí se recuerda que las patentes nacieron no como derechos de propiedad, sino como privilegios temporales otorgados por una autoridad. Esta precisión, aparentemente técnica, es crucial: las creaciones intelectuales deben eventualmente pasar al dominio público, para garantizar la circulación del conocimiento. De este modo, la inclusión del software como “obra literaria” en la ley de Copyright estadounidense de 1976 aparece como un punto de inflexión: una decisión que abrió la puerta al crecimiento del software propietario y que, según el autor, responde más a un “uso mágico de las palabras” que a un principio de justicia.

En ese mismo sentido, el capítulo denuncia la opacidad de los modelos generativos. Dos obstáculos técnicos hacen casi imposible determinar si un texto ha sido copiado: la invisibilidad de los datos de entrenamiento, que las empresas rara vez transparentan, y la imposibilidad de rastrear influencias token a token dentro de las arquitecturas de los transformers. Incluso con prompts idénticos, los resultados varían, lo que complica aún más cualquier intento de trazabilidad. Así, detectar copia en la escritura artificial se asemeja a buscar una aguja en miles de pajares.

El problema se agrava con las prácticas de parafraseo asistido por IA. Herramientas como GPTZero, que intentan identificar patrones típicos de textos generados, pierden eficacia frente a iteraciones sucesivas de reescritura. La paradoja es clara: cuanto más sofisticada es la manipulación, más difícil se vuelve detectar el plagio. Ante esta encrucijada, el autor propone una salida ética antes que técnica: apelar a la honestidad del escritor. Se diferencia entre el “escritor mediocre”, que se limita a disfrazar ideas

ajenas, y el “escritor sin personalidad”, que delega todo el trabajo a la IA, obteniendo una prosa clara pero vacía, llana, incapaz de emocionar. Frente a ambos, se reivindica la escritura como acto de autenticidad, donde el estilo es la verdadera firma del autor.

El capítulo cierra con el debate sobre el **uso justo** (*fair use*), eje del conflicto actual en torno al entrenamiento de modelos generativos con obras protegidas. Se presentan argumentos a favor –beneficio social, acceso al conocimiento, progreso tecnológico– y en contra –perjuicio económico a los creadores, explotación no autorizada, erosión de la autoría humana–. La sección concluye con una advertencia: una regulación excesiva podría frenar la innovación, especialmente en contextos como el europeo, dependientes de la tecnología estadounidense. La clave, según el autor, es buscar un equilibrio: **proteger sin asfixiar, regular sin paralizar.**

En conjunto, este capítulo ofrece una mirada panorámica y profundamente crítica sobre los dilemas de la autoría en la era digital. No se limita a cuestiones

jurídicas, sino que pone en juego valores como la honestidad, la autenticidad y la responsabilidad ética. Con ello, prepara el terreno para la reflexión final del libro: pensar una escritura simbiótica, donde la colaboración entre humanos y máquinas no diluya la voz propia ni el sentido creativo de escribir.

El último tramo del libro constituye un viraje decisivo: después de explorar los fundamentos técnicos, filosóficos y legales de la escritura artificial, se abre un espacio para pensar en positivo el futuro de la creación compartida entre humanos y máquinas. El capítulo parte de una premisa emocional y ética: **la escritura es, antes que nada, un acto de identidad y de autenticidad.** Hemingway y Pizarnik aparecen como voces tutelares que recuerdan tanto la intensidad vital de escribir como el miedo a perderse en la dispersión del yo. Desde ahí se formula la pregunta crucial: ¿cómo escribir con autenticidad en una era donde la tecnología puede hacerlo por nosotros?

La respuesta no es de rechazo ni de sumisión, sino de **integración simbiótica.**

46

Sumario

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

47

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025



La inteligencia artificial, se argumenta, no debe ocupar el lugar del escritor, sino acompañarlo. Puede funcionar como asistente atento, editor riguroso o investigador infatigable, pero siempre subordinada a la intención humana. El riesgo de la dependencia excesiva está presente, y el autor lo advierte con claridad: confiar ciegamente en las sugerencias de un modelo equivale a diluir la relación íntima con el texto. En contraste, el uso consciente de estas herramientas permite potenciar lo que ya está escrito, enriquecer la lectura crítica y expandir los horizontes de la investigación.

La propuesta se articula en ejemplos prácticos: desde la corrección respetuosa de un párrafo hasta el análisis literario de un poema de Gabriela Mistral o de *La Vegetariana* de Han Kang, donde la IA es capaz de identificar patrones retóricos y establecer comparaciones estilísticas inesperadas. Estos ejercicios muestran que la escritura simbiótica no significa delegar la creación, sino **ampliar la capacidad de ver en nuestros propios textos lo que a veces se nos escapa**. Incluso la calificación numérica, nunca perfecta, aparece como un estímulo para no caer en la complacencia y seguir reescribiendo con humildad y rigor.

El cierre del capítulo adopta la forma de un **manifiesto por una nueva escritura**, que funciona también como cierre del libro. Se enuncian seis principios fundamentales: la IA como asistente y no como autor; la preservación del vínculo con lo analógico; el apoyo en la investigación; la colaboración con editores humanos; la función inclusiva y pedagógica de estas tecnologías; y el compromiso ético con la autoría. Lejos de ser un listado normativo, estos principios se convierten en una invitación a pensar

la escritura del futuro como una práctica abierta, experimental y, sobre todo, responsable.

Palabras y algoritmos: Cómo la inteligencia artificial transformará la escritura ofrece una **mirada amplia y lúcida** sobre la escritura artificial, recorriendo con equilibrio sus antecedentes históricos, sus dilemas epistemológicos, sus controversias legales y sus potencialidades creativas. Frente a los extremos de la tecnofobia y la tecnofilia, el autor propone un camino intermedio y fértil: la **escritura simbiótica**, donde la inteligencia artificial no suplanta al ser humano, sino que lo acompaña, lo desafía y lo ayuda a expandir su relación con el lenguaje. Invita a pensar con rigor, pero también con esperanza, en las posibilidades de una colaboración consciente y crítica entre lo humano y lo artificial. Así, el libro no solo analiza el presente de la escritura digital, sino que ofrece un horizonte inspirador: **una nueva forma de escribir, más consciente de sus riesgos, pero también más abierta a la potencia creativa de lo inesperado**.

Sumario

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

49

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025